

La Buena Noticia según la comunidad de Juan



En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: "Señor, quisiéramos ver a Jesús." Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó:

"Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará.

Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre." Entonces vino una voz del cielo: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo." La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: "Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí." Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

Juan 12,20-33

Amores que matan

Pues sí, que matan. Literalmente. Pero, entonces, ¿era amor? ¿O nunca fue amor y creyeron que sí? ¿O se rompió el amor y no se supo qué hacer con el dolor? ¿Cómo se llega a tanta crueldad y creer que aquello podía ser amor? Se me quedan cortas (y hasta vacías) las preguntas ante la oleada de muertes por violencia de género que se han dado estos días. Cuatro en veinticuatro horas, concretamente. ¿A qué estamos llamando amor?

Decía una canción de Queen: «...encuéntrame a alguien a quien amar». Y es que el amor, el del flechazo, las mariposas, los corazones, las risas tontas, las cabezas locas... ese amor es de las cosas más bonitas que se pueden vivir, hace que la vida transcurra sobre ruedas y que todo parezca tan... fácil. Quien lo ha vivido lo sabe.

Luego, se cae el velo de los ojos y se ve al otro tal cual es. Ahí empiezan las primeras dificultades. Después son los años, la rutina, los sueños que se quedaron sin realizar, lo que se esperaba de la pareja y nunca ocurrió, lo que se esperaba del amor y nunca llegó, las vicisitudes de la vida... y todo comienza a marchitarse. Pierde brillo. La prueba a superar se hace más dura. El amor parece entonces algo tan ajeno... Quien también ha vivido esto, lo sabe.

Si a lo dicho añadimos confundir el amor con la posesión, el encandilamiento con los celos, la protección con la anulación, y el cuidado con el deseo de cambiar al otro... entonces el cóctel es muy peligroso. Y el amor se torna violento, insensato, amenazante...

Se convierte en un castigo, en un tormento y, tristemente para muchas, en un final.

Hay que enseñar a amar. Es urgente, no hay duda. Las canciones, los programas, videojuegos o «telerrealidades» que muchos de nuestros jóvenes ven no ayudan. Y aquí, en esta edad, es cuando hay que empezar a decirles que, si el amor se limita a la pasión, mal vamos. La pasión mal manejada es como un caballo desbocado.

Cuando reflexiono sobre el amor, no puedo evitar pensar en ese libre albedrío que Dios otorga a cada persona. Hay que amar mucho para entender que el otro no eres tú y dejarle ser quien es. Hay que amar mucho para dar espacios y tiempos al amado, para aceptar los silencios y perdonar los errores. Hay que amar mucho para aceptar que quizás el otro no te ama, y hay que saber dejarlo ir con paz.

Hay que amar mucho... y amar bien. Lo demás... no, no lo llares amor.

Almudena Colorado



Reflexión al Evangelio



Pocas frases tan provocativas como las que escuchamos hoy en el evangelio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere da mucho fruto». **El pensamiento de Jesús es claro.** No se puede engendrar vida sin dar la propia. No se puede hacer vivir a los demás si uno no está dispuesto a

«desvivirse» por los otros. La vida es fruto del amor, y brota en la medida en que sabemos entregarnos.

En el cristianismo no se ha distinguido siempre con claridad el sufrimiento que está en nuestras manos suprimir y el sufrimiento que no podemos eliminar. Hay un sufrimiento inevitable, reflejo de nuestra condición creatural, y que nos descubre la distancia que todavía existe entre lo que somos y lo que estamos llamados a ser. Pero hay también un sufrimiento que es fruto de nuestros egoísmos e injusticias. Un sufrimiento con el que las personas nos herimos mutuamente.

Es natural que nos apartemos del dolor, que **busquemos evitarlo siempre que sea posible**, que luchemos por suprimirlo de nosotros. Pero precisamente por eso hay un sufrimiento que es necesario asumir en la vida: el sufrimiento aceptado como precio de nuestro esfuerzo por hacerlo desaparecer de entre los hombres. «El dolor solo es bueno si lleva adelante el proceso de su supresión» (Dorothee Sölle).

Es claro que en la vida podríamos **evitarnos muchos sufrimientos, amarguras y sinsabores**. Bastaría con cerrar los ojos ante los sufrimientos ajenos y encerrarnos en la búsqueda egoísta de nuestra dicha. Pero siempre sería a un precio demasiado elevado: dejando sencillamente de amar.

Cuando uno ama y vive intensamente la vida, no puede vivir indiferente al sufrimiento grande o pequeño de las gentes. El que ama se hace vulnerable. Amar a los otros incluye sufrimiento, «compasión», solidaridad en el dolor. «**No existe ningún sufrimiento que nos pueda ser ajeno**» (K. Simonow). Esta solidaridad dolorosa hace surgir salvación y liberación para el ser humano. Es lo que descubrimos en el Crucificado: salva quien comparte el dolor y se solidariza con el que sufre.

J. A. Pagola